

Había una amargura en sus palabras, al conjuro de las cuales yo evoqué. Ella, con algún que otro comentario, reforzaba mi evocación.

Era en 1906, cuando Alfonso XIII contrajo matrimonio con la reina Victoria Eugenia. Entre los príncipes llegados a Madrid para asistir a la boda, figuraba el Maharajá de Kapurtala, uno de esos fabulosos príncipes orientales, dueño de inmensas riquezas, soberano de un remoto país de leyenda.

En Málaga, en el *Café de la Castaña*, se habían dado a conocer como bailarinas dos hermanas, Anita y Victoria, cuyo nombre artístico era *«Las Camelias»*. De los tablados malagueños pasaron con éxito a los de la Villa y Corte. El de Kapurtala, que las vio actuar, enamoróse locamente de una de ellas, de Anita, entonces en la plenitud de su belleza, pues había nacido en Málaga, en 1892.

Al príncipe parecióle que aquello iba a ser una gran aventura, fácil de conseguir con sus fantásticas riquezas; pero la muchacha era decente y contaba además con un grupo de admiradores y amigos de la más alta intelectualidad, capitaneado por don Ramón María del Valle-Inclán y don Jacinto Benavente. Mensajes, citas y regalos fueron rechazados sistemáticamente. Al cerco amoroso puesto por el Maharajá con armas de joyas deslumbrantes, la plaza fuerte del honor de Anita resultó inexpugnable. Sus contertulios — Valle-Inclán, Ricardo Baroja y el dibujante Oroz, principalmente — formaban defensiva guardia de honor en torno a la hermosa bailarina.

El Maharajá, cada vez más enamorado, se convenció de que no había otro camino que el del matrimonio. Desde París, a donde marchara, propuso por carta a *La Camelia* que se casase con él.

La misiva causó sensación en Anita, en su familia y en el grupo de literatos y artistas de su intimidad. En la tertulia del *Café Levante*, en la madrileña Puerta del Sol, redactó Valle-Inclán la carta en la que la bailarina aceptaba la proposición del príncipe.

Anita, acompañada de Oroz, fue a París, donde se celebró la ceremonia del matrimonio católico. Los nuevos esposos marcharon luego a Kapurtala, para celebrar allí la otra boda con toda la deslumbrante pompa oriental. Cablegramas procedentes de Bombay, informaron al mundo, en Enero de 1908, del gran acontecimiento, al que asistieron enojados todos los Maharajás, Maharanis y príncipes de la India. Fue algo difícil de comprender para los occidentales, aquel espectáculo en el que se mezclaban los gritos de los guerreros, los cantos de los sacerdotes, las danzas de las esclavas, el juramento de los esposos sobre el sagrado libro *Grantah*...

El cuento se había hecho realidad. La bailarina era Maharani en un

país de ensueño, con palacios maravillosos, riquezas inconcebibles y jardines de leyenda; con todo el esplendor y poderío de los soberanos de Oriente. Para que la felicidad fuese completa, le nació un hijo varón.

Cuando unos años después Anita vino a España, causó asombro con sus joyas y sus esplendores. En su enorme equipaje figuraba un tren cargado de cabras del Himalaya, destinadas a dar la leche en la que la Maharani tenía que bañarse diariamente.

Así terminaba el maravilloso cuento de mi infancia. Pero la vida había seguido. Por eso Anita, en aquel madrileño día primaveral de 1950, me decía melancólica:

—Aquello fue sólo eso: un cuento oriental.

En el lejano Kapurtala imperaba la poligamia. El fuego de amor se fue apagando. Vino la decadencia para la bella española. Tendría que abandonar aquellas tierras, en las que su hijo iba a seguir, como uno de los príncipes de la sangre. Luego murió el Maharajá, heredando el trono un hijo, que no era el de Anita, con el poder absoluto tradicional de tales países. El maravilloso cuento terminaba tristemente.

Como fuegos de artificio, pasaron los esplendores y vinieron los años oscuros, de una vida mediocre, en Madrid. Entre 1950 y 1962 — murió a finales de Julio de este último año — vi varias veces a Anita. Supe por ella cosas de las que he contado; pero lo verdaderamente interesante era la lección terrible de aquella existencia, en la que una vez más se patentizaba lo transitorio de las glorias del mundo. Pocas mujeres llegaron tan alto como ella, para caer luego en una tan triste vulgaridad. Realmente, era una gran lección la repetida frase, que fue una de las primeras que le oí:

—Aquello fue sólo eso: un cuento oriental.

Ideario extremeño

En las interpretaciones literarias, por la distinta perspectiva destacada de unos elementos y la incorporación de otros nuevos, el juicio del Dios del duelo pierde los caracteres de insensatez, superstición y sanguinaria crueldad, para convertirse en un combate caballeresco y liberador, lleno de calor y luz en medio de su bárbara exaltación y rudeza.

DIEGO MARÍA CREHUET